

la amistad y confianza del sábio y virtuoso Uribe, este no lo fué menos con la estimacion y confianza que de él hicieron los hombres mas grandes que en su tiempo gobernaron á Méjico con acierto, así en lo civil como en lo eclesiástico: á saber Bucareli, los Galvez y el gran Revillagigedo entre los Virreyes, y entre los Arzobispos el Eminentísimo Lorenzana, justo apreciador de los literatos americanos, que de Arzobispo de aquella ciudad distinguió mucho á Uribe en su aprecio, y trasladado á Toledo mantuvo con él correspondencia por cartas.

SERMON

PREDICADO EN EL TEMPLO
DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD
el día de su dedicacion, año de 1784:
día de la cátedra de San Pedro.

Tu es Christus Filius Dei vivi.

MATH. C. 16. V. 16.

Solo esto le faltaba á la piadosa liberalidad mexicana para colmo de su religiosidad magnificencia, y para ser objeto el mas digno de la santa emulacion al mundo católico, que habiendo para gloria de Dios consagrado á honor de sus santos á costa de inmensas riquezas tantos templos y altares levantára esta Basilica suntuosa para especial culto de la adorable augusta incomprehensible Trinidad. Llegó por último este día suspirado por cerca de treinta años; y el inefable nombre de Dios trino y uno que resonaba en el estrecho recinto de las paredes desaliñadas

de un humilde templo, vá á ser la insignia y distintivo de otro templo magestuoso, recomendable por su artificio y por los ricos adornos que le hermosean. Llegó finalmente á dedicarse el tabernáculo y casa de Dios bajo la advocacion de aquel misterio, que escondido antes á los siglos é inaccesible á la sabiduría carnal, es ya el fundamento y el primer objeto de la creencia de nuestra religion. Día verdaderamente grande para Méjico en el que dá el mas auténtico y público testimonio de la fé de la Trinidad, dedicando un templo á honor de este misterio, y glorifica á Dios de un modo semejante á aquel que le mereció en el día de hoy al príncipe de los apóstoles el supremo trono de grandeza á que jamas pudiera aspirar la humana ambicion. Porque ¿cuál fué, señores, el brillante fondo del mérito que formó á nuestro gran padre San Pedro piedra fundamental de la iglesia santa? ¿cuál otro sino la fé y la ilustre confesion de la divinidad de Jesucristo que iba á romper el velo al inaccesible arcano de la Trinidad enteramente oculto á la superticiosa sabiduría del paganismo, y que apenas se debia entrever de los mas iluminados patriarcas y profetas cubierto de misterio-

sos enigmas? Pedro (dice el elocuente pontífice San Leon) Pedro confiesa un ser divino en distintas personas, y manifiesta con su confesion toda la gloria de la divinidad: *confesus est gloriam Deitatis*. ¿Y es otra cosa la dedicacion de este templo bajo el escelso nombre de Dios trino y uno, que una muda, pero elocuente y sensible confesion con que todos á una voz publicamos que Jesucristo es unigénito del padre, uno con él, y uno con el espíritu que procede de ambos: *Tu est Christus filius Dei vroi?* Pasemos, señores, en silencio ciertos hermosos rasgos de semejanza entre la solemnidad de la cátedra de San Pedro, y la dedicacion de esta basilica que darian copiosa materia á las mas ingeniosas alusiones. Allá la fé de la divinidad de Jesucristo por donde se comienza á manifestar el sagrado enigma de la Trinidad exalta á Pedro á ser piedra fundamental del edificio místico de la iglesia: acá el nombre de la Trinidad es la insignia de una iglesia material en que despues de Dios uno y trino es Pedro el principal objeto de la veneracion y el culto. Allá todas las tres personas concurren de un modo singular á fundar la iglesia y á la eleccion de Pedro; el Padre revelándole la unidad de

la esencia en distintas personas; el Hijo destinándole para fundamento de la iglesia, y vicario suyo en la tierra; el Espíritu Santo honrándole con la apelacion de hijo suyo: *Beatus es Simon Bar-jona quia caro et sanguis non revelavit tibi sed pater meus qui in caelis est*: acá el día mismo en que hacemos memoria de esta eleccion, confesamos solemnemente el gran misterio dedicándole templo á las tres personas: allá la fé de la Trinidad es el fundamento de la iglesia que empieza á levantarse; acá el augusto nombre de la Trinidad es la insignia de un templo que se erige de nuevo.

Pero dejemos, vuelvo á decir, estas ingeniosas alusiones mas propias para entretener la curiosidad, que para instruirnos en los misterios que encierra esta dedicacion, y apliquemos nuestra atencion á considerar aquella gloria que le tributamos á Dios dedicándole un templo en que damos el mas ilustre testimonio de la fé de la Trinidad. Es verdad que toda dedicacion de templos es un homenaje que privativamente se debe á Dios, y un acto de latria que solo puede dirigirse al supremo Sér; si erigimos, decia el gran padre San Agustin, y levantamos templos en memoria de los mártires, no

son ellos, sino Dios solo á quien los dedicamos. Pero como entre los actos de religion, aunque todos tengan por objeto el honor y culto de Dios, hay algunos de superior clase que inmediata y espresamente sin mezcla de otro respeto se dirigen á honrar á la divinidad, así en la dedicacion de los templos, aunque el principal fin de todos sea glorificar á Dios, hay algunos en quienes resplandece mas el tributo de honor y de gloria. Tal es el que en este día se consagra á la beatísima Trinidad, y esta debe ser principalmente la materia de nuestro regocijo y de nuestra instruccion. Por tanto despues de dar una breve idea de la gloria que en común tributamos á Dios en la dedicacion de todo templo, procuraré mostraros que ya se considere el augusto misterio bajo cuya espresa advocacion se dedica esta iglesia, ó ya las circunstancias que han intervenido en su ereccion, uno y otras nos manifiestan, que Dios es glorificado de un modo singular en la dedicacion del templo de la Trinidad.

Si para hablar en otro tiempo de este misterio, envuelto aun entre sombras, fué necesario que se purificáran los labios de un profeta con carbones encendidos en

el sagrado fuego del templo, dignaos, Señor, purificar los míos, no con un fuego grosero, sino con aquel todo divino de vuestro espíritu, para que puedan con decoro tratar de este arcano incompreensible y sacrosanto manifiesto ya para gloria vuestra. Así os lo pido humildemente por la poderosa intercesion de la Virgen inmaculada, á quien escogistéis para madre, hija y esposa, y para templo vivo de vuestra augusta Trinidad. Ayudadme á saludarla llena de gracia. AVE MARIA.

ILUSTRISIMO SEÑOR.

Dos casas escogió para habitar en ellas de un modo singular, que manifestara todo el esplendor de su gloria, aquel Señor que no cabiendo en los anchurosos ámbitos del cielo y tierra los llena con la inmensidad de su Sér: el Empireo en los cielos, y en la tierra los templos *Dominus in templo sancto suo, Dominus in caelo sedes ejus*. Preparó el cielo para glorificar y engrandecer al hombre, y quiso que los hombres le preparasen sobre la tierra en los templos tabernáculos para glorificarle. *Afferte* (convidaba á los hombres todos el Santo Rey David) *Afferte Domino gloriam et honorem, ado-*

vate Dominum in atrio sancto ejus. Y si bien los cielos publican con elocuente lenguaje que se deja entender por los ojos de los pueblos mas bárbaros la gloria de su autor, y la anuncian en el firmamento las brillantes obras de su diestra todopoderosa; con increíbles ventajas manifiestan esta misma gloria en nuestros templos las obras del poder, de la sabiduría y del amor divino. No son aquí como en el cielo material el sol, la luna, y todo el aparato hermoso de luces, obras aunque grandes de un órden natural, los argumentos de la divina gloria; son otras obras superiores en que sin tener parte la naturaleza pierden por repetidos y comunes los milagros su admiracion, y en las que casi llega Dios á agotar los tesoros de su poder y sabiduría. En nuestros templos es en donde cada día se renueva en cierto modo muchas veces el adorable misterio de la Encarnacion: aquí reside corporalmente entre nosotros la magestad suprema: en los templos se obran á cada paso en la reconciliacion de los pecadores, y en la santificacion de las almas portentos mas asombrosos que la fábrica del universo, y que la resurreccion de los yertos cadáveres: en los templos se forman como en su propio lugar para la

común instruccion aquellas voces intérpretes de la fé santa, cuya fuerza eficaz y poderosa, al par que dulce y suave, ya abate los cédros del Libano, ya corta la voracidad de las llamas, y ya hace resonar sus ecos hasta en los solitarios desiertos de Cades: finalmente aquel gran Dios que en otros tiempos ostentaba su gloria en el templo de su pueblo escogido por entre las oscuridades misteriosas de humos y nieblas infundiendo á todos un santo horror, llena los nuestros con su presencia corporal, establece en ellos un comercio familiar entre el Criador y la criatura, y este tan íntimo que llega á dársenos como alimento. ¿Y en qué otro lugar sino en el templo tributa el hombre á Dios aquella gloria que con la solicitud mas ardiente pedía Jesucristo á su padre *clarifica me pater*; que no era otra en común sentir de padres é intérpretes que la manifestacion y reconocimiento de su divinidad? En los demas lugares, disfrazada y oculta la miserable condicion del hombre con el engañoso exterior de los honores y las riquezas, nos cubre los ojos para no ver la grandeza de Dios el grosero velo de nuestras pasiones y de los cuidados y atenciones mundanas; en ellos se confunde

de modo la idea de la divinidad entre el ruido y tumulto del siglo, que parece que los hombres, ó se olvidan de Dios, ó quieren ostentarse como otros tantos dioses independientes y absolutos. Pero ¿queréis, señores, formaros una idea cuanto cabe cabal y justa de la grandeza de Dios y de la miseria del hombre? ¿Queréis ver al mismo hombre protestando por mas que le pese á su orgullo, por mas que lo reclamen sus pasiones, que Dios es justo, sábio, juez terrible, padre misericordioso y amable, árbitro y señor absoluto distribuidor de todo: que el hombre por grande que parezca es miserable, vil, despreciable polvo, inmundo vaso de asquerosas pasiones, nada y menos que nada? Presentaos en el templo y allí entre la mezcla, mejor diré en la cristiana union con que todos dejan á esas puertas los vanos titulos de la sangre, de la riqueza y del empleo, veréis sensibilizada (si puedo esplicarme de este modo) la gloria de Dios y la humana bageza. Aquí unos, trayendo al pie de los altares sus necesidades, sus aflicciones y sus cuidados, confiesan con fervorosos ruegos y oraciones que nada tiene y nada puede el hombre sino lo recibe de Dios. Otros, hiriéndose los pechos y aba-

tiendo hasta el suelo su frente y sus labios, publican en su arrepentimiento su iniquidad. Cual gime y en su llanto manifiesta la vileza de su origen y su ser: cual tiembla al considerarse merecedor de las formidables venganzas de un Dios irritado, y todos, ó casi todos los fieles á ciertos tiempos dan el mas illustre y solemne testimonio de la sabiduría, del poder, de la justicia de aquel Señor, á cuyos ministros se postran hasta las testas coronadas, y á quienes se les confían los mas vergonzosos secretos que querrian ocultar aun de su propio corazon. En fin consagrando el hombre á Dios en el templo su espíritu y su cuerpo sin que haya potencia, sentido exterior ó miembro alguno que no emplee para sensibilizar su reconocimiento, viene á darle á su Dios aquella gloria que en los lugares profanos, ó le niega enteramente ó le escasea. *In templo ejus omnes dicent gloriam.*

Yo, señores, he tomado estas hermosas expresiones del salmo 28 que compuso el santo profeta David para exhortar á los sacerdotes y levitas á glorificar al Señor despues que salieron del templo santo, como interpretan unos, ó para solemnizar el tabernáculo que se erigió á

la arca restituida del poder de los Filisteos, como vierten otros: pero sea el que fuere el objeto del salmo yo me he valido de sus expresiones como las mas oportunas y acomodadas para haceros ver la gloria que tributamos á Dios en los templos. Pero lo que realza y singulariza esta misma gloria en la presente dedicacion es, que ella viene á ser un testimonio de nuestra fé y de nuestra religion: esto es, de aquella fé que es como la marca y el sello que caracteriza las obras todas con que engrandecemos á Dios en los demas templos. Luego que el Unigénito del Padre levantó su nueva iglesia sobre el sólido fundamento de Pedro, luego que empezó á hacerse oír por el ámbito del universo la clara confesion del príncipe de los apóstoles *Tu es Christus Filius Dei vivi*: comenzó á brillar aquella inefable luz desconocida de la Academia, y del Liceo, y oculta á los esfuerzos y conatos de la filosofia mas perspicaz. La manifestacion de la divinidad de Jesucristo, y la fundacion de su iglesia tenian por uno de sus principales fines el dar á conocer que era aquel Dios ignorado de la gentilidad, y á quien el mismo pueblo que se lisonjeara de ser el depositario de su fé *Notus in Judea Deus*, no conocia

sino por sombras. Pero al mismo tiempo que resonó aquella voz, contra quien nunca prevalecerán los clamores y gritos del infierno, *Tu es Christus Filius Dei vivi*, vieron los hombres descubierta la gloria del Señor. Quiero decir: vieron con los ojos de la fé que este Dios siendo uno, es Padre, es Hijo, y es Espíritu Santo: uno sin confusion de las personas: tres sin division ni multiplicacion de su substancia. Que este Dios es Padre, que de ninguno recibe el sér, Hijo, que es engendrado del Padre, Espíritu Santo, que procede de ambos en virtud del amor del Padre y del Hijo, sin que este proceder, ni este orden de primera, segunda y tercera persona arguyan superioridad, desigualdad ó primacia en una respecto de las otras. Tres, pero un Dios: tres, pero un eterno, un inmenso, un sabio, un poderoso, un justo, un misericordioso; porque todo en los tres es uno, menos los respetos de Padre, Hijo y Espíritu Santo. Misterios inefables infinitamente superiores á toda explicacion y á toda creada inteligencia; pero infalibles y fundamentales articulos de aquella fé, para cuya enseñanza fundó el Unigénito de Dios vivo su iglesia sobre Pedro, y que empezó á publicar gloriosamente el mismo: *Tu es Christus Filius Dei vivi*.

Esta fe, pues, es el caracter y la insignia de la gloria que da á Dios el hombre en los templos, ya sea con los sacrificios, ya en los sacramentos, ya en las respetables ceremonias de religion. Si renace el hombre en las saludables aguas del bautismo, si resucita muerto antes por la culpa con el bálsamo de la penitencia, si en los demas sacramentos se enriquece y adorna con la joya hermosa de la gracia; todo esto se obra con la espresa invocacion de la Trinidad. No hay exorcismo, no hay rito, no se practica ceremonia alguna jamas en la iglesia, que ó con las palabras ó con las acciones del ministro ó en su mística significacion no contenga la confesion de Dios uno y trino. El adorable incruento sacrificio de la misa, este compendio de los milagros, y el mas alto fin para que se consagran nuestros templos, desde el principio hasta que se concluye en cuanto se dice y hace en él es una repetida y casi continua protestacion de la Santísima Trinidad. Las oraciones públicas y privadas:: ¿Mas en qué me detengo? No hay en la iglesia egercicio ó funcion que no esté sellada con la marca de la Trinidad. ¿Y no es este un argumento el mas claro de que cuanta gloria tributa nuestra religion en los templos á

su autor soberano, tiene por sello y por insignia que la caracteriza la confesion de su ser uno y trino? Colegid ya, señores, si un templo que lleva en su nombre el caracter de nuestra religion, la divisa de su gloria, y cuya ereccion se dirige inmediatamente á su culto, sirve de un modo especial para glorificarle.

Así es sin duda: y si quereis concebir toda la singularidad de esa gloria, examinadla por el esceso con que se aventaja en su mérito la fe de este misterio, ya por la arduidad y obscuridad santa de su objeto, ya por el heroico sacrificio con que sugetamos el orgullo de nuestro espíritu á creer lo que no podemos entender, ni explicar á la fe de aquellas otras perfecciones de nuestro Dios, que aunque invisibles se dejan ver por medio de las criaturas visibles, á la manera que el sol hace brillar su luz al través de las nubes que le rodean. Pues otro tanto escede la gloria que tributais á Dios con la dedicacion de este templo á la que le resulta de los demas. Los otros son un público testimonio que da el hombre de un Dios sabio, poderoso, benigno, absoluto Señor á quien erige casa en donde implore sus misericordias con ruegos, y aplaque su ira con sacrificios: el de la Trinidad es á mas de

todo esto un solemne monumento, una exterior espresa protestacion de aquel misterio, cuya manifestacion era el objeto de los ardientes deseos y solicitudes del hombre Dios; cuya fé fué uno de los principales fines de la fundacion de su iglesia con el precio de su vida y su sangre; cuya publicacion era el primer objeto de los viages, de los sudores, de las vigilijs de los apóstoles, y cuya confesion fué el insigne mérito que allanó á Pedro el camino ácia el trono y cátedra escelsa en que le veneramos: *tu es Christus Filius Dei vivi:: tibi dabo claves regni caelorum.* ¡O templo de la Trinidad mil veces glorioso para Dios, para la religion y para Méjico!

Aun quando enmudeciendo nuestros labios no publicaran la fe de la beatísima Trinidad en dulces himnos, en deprecaciones, en elogios santos: aun quando cesando (¡oh y antes perezca nuestra vida, nuestro nombre y nuestra ciudad!), aun quando cesando los sacrificios, las ceremonias y los ritos no tuviéramos á la vista tantos poderosos recuerdos del gran misterio, este templo seria un respetable monumento de él. Sus paredes mudas é insensibles predicarian y anunciarian nuestra fé, su solo nombre acordaria

á la posteridad nuestra religion, conservando en sí un documento el mas illustre del honor y gloria que habeis ofrecido al Señor, dedicando un suntuoso tabernáculo á la inefable Trinidad.

A vista de esto cualquiera se persuadiera facilmente que un templo cuya dedicacion cede singularmente en gloria de Dios se ha fabricado bajo una especia- lissima proteccion de la mano todopoderosa, y que la misma aparente improporcion de los instrumentos y de los medios que han intervenido en su fábrica es argumento de que ella corria á cargo de una extraordinaria providencia. Y á la verdad si alguna vez ha manifestado Dios empeñada su providencia, y por decirlo asi, cuidadosa y solícita, en que los hombres le fabricaran casa para ser adorado, fué en la fábrica de aquel primero suntuosísimo templo que se erigió á su nombre. Aun no habia nacido Salomon, y ya le destinaba el Señor para egecutar los piadosos designios de su padre en la construccion del templo santo. A este fin pacifica su imperio, le colma de riquezas, y le infunde una sabiduria sin igual. ¿Con qué exactitud delineaba el mismo Señor el templo y sus medidas, señalaba la materia, areglaba su construc-

cion, y daba leyes para su gobierno? Pero si en todas estas descripciones daba á conocer la providencia que aquel templo era obra singularmente suya, después de todo la dirigia por unos modos raros y grandes; pero tan propios y naturalmente conducentes al fin, que nadie se debia admirar de que un Rey pacífico el mas poderoso y sabio entre los hombres levantára un templo el mas rico y augusto que ha visto la tierra. Pero que á pesar de la escasez de socorros y auxilios, originada de las varias adversidades que nos afligen, sin otros fondos que la industriosa piedad de un zeloso ministro (el Bachiller Don Antonio José Narvaez, rector que fue del colegio de san Pedro 24 años; y que murió el de 1784, á los 77 de su edad), sin mas apoyo que sus solicitudes se levante un templo magnífico que aventaja ó iguala á los mas suntuosos de esta corte, ¿no es una prueba manifiesta de que su construccion ha corrido á cargo de una extraordinaria providencia? Parece que ésta, zelosa de su gloria para que se conociera mas claramente ser esta obra efecto de su singular proteccion, disponia ó permitia que se dificultaran aquellos auxilios, y se frustraran aquellos medios que mas naturalmente podian contribuir al logro

del designio. ¿Qué arbitrios no meditaba, qué rumbos no emprendia, qué diligencias no practicaba el infatigable zelo de aquel piadoso sacerdote, que oportuna é importunamente (como el mundo juzga) con la mayor constancia, y con una jamas alterada paciencia rogaba, pedia, solicitaba, buscaba limosnas y medios para la fábrica? Pero frustrados unos, inutilizados otros, todos insuficientes demoraban por largo tiempo su conclusion. Cuando los poderosos, inflamados de una emulacion santa, se empeñaban en ser los protectores del reedifício ó de la nueva fábrica de otros templos; cuando para todas las obras de piedad se derramaban en dones á manera de rios caudalosos que fertilizan los campos é inundan los valles; para el templo de la Trinidad, objeto el primero y mas digno de nuestras adoraciones, eran pequeñas fuentes de quienes solo se saca agua con escasez y con medida. No, no atribuyais esto á falta de piedad; era secreta disposicion de aquella Providencia que algunas veces se complace en llegar á sus fines por ocultos estraños rumbos, y en servirse de débiles y pequeños instrumentos para sus grandes obras. ¿Y no lo visteis como el artesano desdichado, el infeliz esclavo, y aun

el pobre que mendigaba el sustento, concurrían para esta fábrica con limosnas y con ofrendas tan despreciables algunas por su pequeñez, que hubieran sido materia de irrisión á no valorarlas la piedad de la mano, y á no ser tantas en número, que de ellas en fin ha resultado el quantioso caudal de los gastos? ¡Adorables designios de la Providencia! Un templo que se levantaba para solemne monumento de la pública fe de la Trinidad, de aquella fe que es el mas estrecho vínculo que ha unido á los diferentes pueblos y naciones del mundo, era forzoso que fuera por la mayor parte obra de las contribuciones del público, y que todos sin distincion de noble ó plebeyo, de rico ó de pobre, concurrieran á levantarle. Aquellos sorteos, á cuyo beneficio se adelantó tanto la fábrica en sus principios, y á los que debe su conclusion, ¿no han sido verdaderamente una contribucion de toda clase de personas, especialmente de las mas pobres y necesitadas? Acaso alguno al reflexionar sobre esto discurriria que aquella Providencia, que en las sagradas letras se nos da á conocer bajo una hermosa alegoria, jugando en todo tiempo, y jugando en el gobierno del universo, *ludens in orbe terrarum*, quiso

manifestar que no era obra de la humana industria la que se conducia por el arbitrio de un inocente juego, sino maravilla de su pr6vida mano. Pero sin detornarnos en esta congetura, mas ingeniosa que s6lida, y sin dejar de reconocer la gloria que justamente se debe en esta parte á una ilustre y venerable congregacion, y á una archicofradia ilustre y devota. ¿Quién, señores, al ver esta hermosa basilica, en quien compiten los primores del artificio con lo costoso de la construccion, qui6n al ver este espacioso templo, en cuya fábbrica y adorno se han espendido con la mayor economia muchos miles de pesos, sin otro fondo que el de la providencia, no dirá lleno de admiracion: los demas templos son casa para Dios; mas este de la Trinidad es obra con especialidad del Señor, y edificio de su pr6vida mano: *Templum Domini Dei structura, Dei edificatio est?* Y yo no podré con razon esclamar de nuevo ¡ó templo de la Trinidad, glorioso singularmente para Dios! ¡ó dia el de su dedicacion, dia de júbilo y regocijo para México!

Mas ¿qué seria, señores, de esta gloria y de este júbilo si por una infelicidad, efecto de nuestra débil fe, quita-

rais al frecuentar este templo á Dios aquella gloria que le habeis dado dedicándolo? Si venis á él para confundir la silenciosa tranquilidad de Sion con el tumultuoso ruido de Babylonía, si quereis colocar la Arca al lado de Dagon, si os atreveis á levantar altar contra altar, si en el tabernáculo tanto poneis de asiento la abominacion desolante: hablemos sin figuras, si frecuentais y asistis al templo de la Trinidad profanándole con las irreverencias y sacrilegos desórdenes que vemos, no sin lágrimas, en los otros templos: yo me veo precisado á retratar cuanto hasta aquí he dicho, y aseguraros por el contrario, que dedicais á Dios un templo para deshonrarle, y para desmentir la religion misma que profesais. Esta virtud, como enseña el doctor de las escuelas santo Tomas, singularmente se dirige á protestar en los templos con todo el interior y el exterior que Dios es el dueño de nuestros cuerpos y de nuestras almas. Y una lengua libre que se desata dentro del templo en risas inmodestas, en conversaciones mundanas, y acaso torpes; unos ojos inquietos que se disipan en vistas curiosas, y quizá lascivas; unos ademanes y movimientos escandalosos, y valerse de su sagrado retiro para executar á

su salvo lo que no puede conseguirse en otro lugar, ¿son estos testimonios para protestar el dominio absoluto de Dios? ¿O son funestísimas señales de un ateísmo práctico? Porque ¿qué se debe pensar de un hombre que en el excelso trono que Dios ha escogido para ser glorificado sobre la tierra viene á levantar en su corazon un teatro de pensamientos, de recuerdos, de deseos los mas criminales, y á valerse de su sagrado retiro para conseguir lo que no se ha podido alcanzar en lugares profanos? ¿Qué juicio nos hemos de formar de quien asiste al lugar santo en que se renuevan los misterios de la vida y muerte del hombre Dios con mas profanidad y desenvoltura que pudiera en un baile? Quien así se porta, ó no cree estas verdades, y es un impio sin religion, ó las cree, y su misma creencia le condena como un sacrilego detestable que desprecia y hace irrisión de la adorable presencia de Dios. Creedme, señores, la disolución de los teatros y de las asambleas de diversion, la infidelidad y usuras en los comercios, las injusticias y las lisonjas en los tribunales, y en los palacios son, aunque graves, á modo de aquellos recios y frios nortes que desnudan al arbol de flores y de hojas, pero de-

jan el tronco que despues reverdece: pero las irreverencias y desacatos en el templo, como aquellos gusanos que insensiblemente roen el corazon ó raiz de la planta hasta quitarle el jugo y ponerla en estado de no poder dar fruto, desarraigan poco á poco la fé y la religion de nuestros corazones.

Cotejad, señores, las religiosas demostraciones del pueblo de Israel en la dedicacion de un templo imperfecta semejanza de los nuestros con las sacrilegas profanaciones del pueblo católico, y os avergonzareis al reconoceros menos fieles que aquella nacion tan inclinada á la idolatria. Alla los sacerdotes á la vista sola de una misteriosa figura de Dios sin atreverse primero á pisar los umbrales del templo entran despues con pasos tímidos y reverentes tan sobrecogidos de un santo pavor que ni podian mantenerse en pie ni egercitar sus ministerios. Aca un hombre profano, y una muger mundana á vista de Dios no patente en figuras, sino en cuerpo sacrosanto entran libremente, pasean el templo, se mantienen en pie aun cuando se celebran los mas grandes misterios, respirando en vez de temor un aire de orgullo y de lascivia. Alla aun cuando se fabricaba el templo se observaba tan escrupulosa-

mente el silencio que no se oía ni el ruido del martillo, ni los golpes de la acha. Nuestros templos, las iglesias de Jesucristo no son ya casas de oracion y recogimiento; sino casas de comercio, gabinetes politicos, sitios de diversion en que se discurre sobre los intereses, se trata del estado actual de las Córtes, y se galantea libremente. Allá el Rey mas grande y mas sabio de los mortales hinca humildemente ambas rodillas en presencia de la arca material: y acá en presencia del sacramento un ruin hombrecillo, ó se incomoda, ó se desdeña de estar arrodillado sino es á medias.

Y ¿sufrireis, ángeles santos, á cuya custodia ha confiado el Señor este templo y la gloria que en él se le debe, sufrireis tan horrendas injurias sin descargar sobre estos profanadores furiosos golpes de venganza, ó sin detenerlos inmobiles en esos umbrales para que no pasen adelante? Mas ¡como no lo han de sufrir Dios uno y trino; Dios de misericordia, si vos mismo en ninguna cosa ostentais mas vuestra grandeza que en el indecible sufrimiento con que tolerais nuestras irreverencias en los templos! A este exceso de tolerancia vuestra solo puede compararse el exceso de nuestro abuso con que continuamos en ul-

trajaros en la iglesia; porque vos no cesais de sufrirnos. Pero en este dia en que tenemos no se que mayor derecho para que oigais nuestros humildes ruegos: en un dia en que el pastor de nuestras almas, y vuestro ungido ofrece la primera hostia solemne en este nuevo tabernáculo, os llamamos llenos de confianza presentandolos esta víctima infinita, que inspireis á todo el pueblo dignos sentimientos de religion, y la mas profunda interior reverencia en la iglesia. La victoria de nuestras armas, la fertilidad y abundancia en los campos, la salud del pueblo, el reposo de las familias son bienes que ya anticipadamente vinculasteis á las oraciones que se hacen en el templo. Estended hoy, Señor, vuestra diestra poderosa y bienhechora sobre la iglesia santa, y haced que conozca la impiedad que nada pueden sus fuerzas contra aquel edificio que fundasteis vos mismo sobre la invicta inalterable firmeza de Pedro. Santificad, Señor, vuestra casa de modo que su sola vista nos inspire un saludable horror que nos obligue á confesar con las mas devota frecuencia que el lugar en que Dios asiste es santo y terrible. Labrad en nuestros corazones al suave golpe de la gracia las preciosas piedras que os formen un digno y eterno taberná-

culo en el que os cantemos incesantemente en compañía de los espíritus que asisten al redor de vuestro trono: santo, santo, santo Dios uno y trino, á quien se debe todo honor, toda alabanza y toda gloria.

SERMON

DEL NACIMIENTO

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO,
Predicado en el convento de religiosos Bethelimitas de Méjico.

Transcramus usque Bethelom et videamus hoc verum... et invenerunt Mariam et Joseph et infantem positum in presepio. Videntes autem cognoverunt de verbo quod dictum erat illis de Puero hoc.

LUC. CAP. 2. V. 15. 16. 17.

La alegre prontitud con que unos rústicos pastores caminan á Belem en busca del Salvador que el ángel les anuncia: el regocijo santo con que despues de hallarle le adoran y confiesan, son unos de aquellos brillantes rasgos con que en medio de la humilde oscuridad de un pe-sebre, quiso Dios ilustrar su augusto nacimiento. Al comenzar el venturoso día veinte y cinco de Diciembre del año primero de la era cristiana, quando toda la Judea descansaba en un quieto y profundo silencio, apareció el ángel del Señor vestido de claras resplandecientes luces á unos pobres pastores, que pasa-

Tom. I.

c

ban la noche desvelados guardando su ganado. No temáis, les dijo, que yo os vengo á traer la nueva mas alegre: hoy os ha nacido un Salvador que es Cristo Señor nuestro en la ciudad de David; y para que le conozcáis id allá, y hallaréis al niño puesto en un pesebre, y envuelto entre pobres pañales. Obedecieron sin demora y caminando á grande prisa hacia Belem hallaron allí á Maria y á José y al niño reclinado en un tosco establo; y al punto que le vieron conocieron ser verdad lo que de él se les habia revelado. Esta sencilla narracion de una de las mas tiernas circunstancias del misterio que es hoy digno objeto de nuestro júbilo, excita desde luego en vuestros espiritus envuelta entre misteriosas dudas la admiracion. ¿Qué el ángel santo, queriendo autorizar en su embajada y acreditar una noticia al par que rara interesante, no les dé por garante de su verdad, ni la música celestial que ya comenzaba á resonar en sus oidos, ni algun astro nuevo y brillante que les sirviera de guia como á los magos, ni otro desusado prodigio que confirmára este misterio, sino solo la humilde y despreciable señal de unos toscos pañales, y un vil pesebre? ¿Qué unos ignorantes pastores con-

vencidos de estas solas señas vayan en busca de un milagro el mayor que han visto los siglos? ¿Qué estos mismos que go que llegan á Belem confiesen y adoren por Salvador á un niño que ven reclinado en un establo, acompañado solo de una humilde muger, y de un hombre como ellos? ¿No es un arcano que encierra algun grande misterio? Y qué ¡las pajas y el pesebre, la oscuridad y el abatimiento han de ser los que manifiesten al mundo su glorioso libertador, la esperanza de los hombres, el hijo único y verdadero del padre Dios!

Así es señores: este era el magnifico designio del Altísimo, anunciado tanto tiempo antes por Isaias, que habia de egecutarse en el nacimiento de Jesucristo por unos medios tan extraño que su misma desproporcion fuera el argumento mas convincente de la grandeza de su autor. Nació para nosotros (dice este gran profeta) un niño pequeñito que trayendo sobre sus hombros las insignias de su soberania, será proclamado admirable, conseguro, Dios fuerte, padre de una nueva prole y principe de la paz. *Parvulus natus est nobis et vocabitur admirabilis, conciliarius, Deus fortis, pater futuri sæculi, et princeps pacis.* Difundirá sus luces: so-

bre un pueblo que andaba tropezando entre densas tinieblas, dilataráse su imperio hasta los últimos términos de la tierra, conocerá el mundo y atraído de su amor le rendirá los mas humildes y dulces homenajes: *multiplicabitur ejus imperium:: ipsum gentes deprecabuntur*. Este dominio, esta ilustracion del universo, este amor y esta paz vinculados á la pequeñez de un tierno infante eran los gloriosos anuncios de un Dios que habia de manifestar al mundo su divinidad y su bondad, cuando apareciera bajo la forma de humilde y pequeño niño. Comenzáronse en efecto á cumplir en Belem estas grandes promesas dejándose ver en el pesebre todo el esplendor de un Dios grande, y ostentando allí toda su amabilidad. El darse á conocer al mundo y hacerse amar del hombre fueron, entre otros, los principales fines del nacimiento de Jesucristo; y ambos se cumplen en Belem por unos medios al parecer tan desproporcionados como ocultarse Dios y abatirse. Ved pues, señores, lo que caracteriza el nacimiento del hombre Dios de un misterio de sabiduría y de amor. En el nacimiento de Jesucristo Dios se dá á conocer al mundo cuanto mas se oculta: Dios se hace tanto mas digno de nues-

tro amor, cuanto mas se abate y se anada. De suerte que el ocultarse fué el medio que tomó para ser adorado y conocido: y el abatirse para hacerse amar.

Yo os confieso que si entro sobrecoigido de un santo horror á tratar con mis inmundos labios misterios de que apenas es licito hablar al hombre, crecen mis temores al contemplar que hablo delante de aquel soberano Señor que se ha dignado honrar la memoria que hacemos de sus cunas con su adorable presencia en el Sacramento. Pero ¿cuándo con mas justo titulo que en este día debias, Señor, hacerte presente en estas aras? Belem fué aquella casa mística de pan en que por la primera vez se mostró al mundo tu cuerpo sacrosanto, el mismo que ahora es nuestro sustento en la Eucaristia: Belem fué aquel lugar venturoso en donde, despues de una deshecha tempestad de trabajos, tomó puerto la rica nave del mercader María Purísima para descargar allí el precioso tesoro del pan divino que nos venia desde los cielos: *facta est quasi navis institoris de longe portans panem suum* (1). Sea pues enhorabuena tu augusta presencia la que autorice estos cristianos cultos.

(1) Prov. 31. 14.

tos; sea ella misma la que aliente mi confianza para hablar dignamente de tu nacimiento. Así lo espero de tu piedad fiado en la intercesion amable de Maria que debió á la dignidad de madre tuya toda su grandeza y toda su gracia. **AVE MARIA.**

El renombre de *Dios ignorado*, bajo cuyo misterioso titulo veneraba la supersticion de los Atenienses á una divinidad desconocida, pudo con toda propiedad aplicarse al verdadero Dios todo aquel tiempo que precedió al dichosísimo nacimiento de Jesucristo. Cuatro mil y mas años contaba el mundo de haber salido del oscuro caos de la nada, y otros tantos habia casi todo el vivido sepultado en una torpe culpable ignorancia del soberano autor de su ser. Sordo el hombre á las mudas, pero melocuentes voces de la naturaleza que le anunciaban la gloria de su hacedor; ciego á la luz de la divinidad que se dejaba conocer en sus obras; insensible á los poderosos estímulos de un corazon en cuyo fondo traia grabado el sello del divino ser, á pesar de su misma razon, ignoraba la mano bienhechora á quien debía la vida. Apenas comenzaba á poblarse la tierra, y ya empezaban los tristes anuncios de la

idolatria; y aún no bien respiraba el mundo de aquel fatal diluvio en que habia naufragado cuando, sin escarmentar con el castigo, buscó mentirosas divinidades, como si ellas pudieran consolarle de las penas con que le habia afligido un Dios justiciero. Redújose el número de los verdaderos adoradores de Dios á la descendencia bendita de Sem, en el linage de Abraham, y formando Dios de ella su familia escogida, este pequeño pueblo vagamundo por muchos años, errante de país en país, cautivo, perseguido, fué el único en quien se conservó el culto y el conocimiento de nuestro Dios. Estendia el Señor los ojos de su sabiduría por todas las partes del universo, y apenas descubria quien le reconociera y le confesara (1): *Dominus de caelo prospexit super filios hominum, ut videat si est intelligens aut requirens Deum.* Fabricábanse los hombres dioses á su arbitrio, y tributando adoraciones al leño inanimado y á la insensible piedra, no se avergonzaban de adorar como divinidades á criaturas inferiores á ellos mismos. Las naciones mas cultas, las repúblicas maestras del orbe, las mas sábias academias igno-

(1) Psalm. 75.

raban á Dios, tanto mas, quanto mas afectaban conocerle; y adonde el vil insecto y el humilde hisopo aspiraban al grado de divinos, solo el Dios verdadero estaba desconocido é ignorado. Olvidado así Dios del mundo todo, solo era conocido en un oscuro y breve rincon de la Palestina, de manera que se tributaba al Señor por alabanza, el que su nombre era grande, y publicado en Israel: *Notus in Judea Deus, in Israel magnum nomen ejus.*

En esta negra noche yacia sepultado el universo, cuando se dejó ver en la plenitud de los tiempos cubierta de la naturaleza humana la luz y el esplendor de Dios. Apareció (dice el apóstol de las gentes) la gracia de nuestro Salvador para que desterrada la impiedad viviera el hombre conforme á la piedad y á la justicia: *Apparuit benignitas Salvatoris nostri ut abnegantes impietatem sobrie, juste et pie vivamus* (1). Nació (esplica en este lugar el gran padre San Bernardo) Dios hecho hombre para que substituyéndose á la idolatria ciega la verdadera adoracion, se manifestára al hombre la gloria de la divinidad. Descifre-

(1) Epist. ad. Tit. cap. 2.

mos, señores, lo que contiene esta sola espresion: *Dios nace hecho hombre para manifestar su divinidad*, y admirémosos al contemplar como Dios se da á conocer por los mismos medios por donde mas oculta su grandeza. Viene Dios al mundo para dar al hombre la idea de un ser infinito, simplicísimo, puro y lleno de perfeccion; y aparece vestido de una carne debil, mortal, sujeta á los dolores y las penas: viene á manifestar su omnipotencia y su sabiduría; y se descubre bajo la forma de un pequeño infante atado con fajas, mudo y alimentándose de agenos pechos: le ha de adorar el mundo como á Hijo eterno del Padre, engendrado entre los resplandores de los santos; y le ve nacer en tiempo de la humilde María y abrigado entre groseras pajas.

Yo bien conozco que esta manifestacion de la divinidad en el nacimiento de Jesucristo; que los secretos rumbos por donde la infinita sabiduría dispuso darse á conocer al hombre cuando se unió á nuestra naturaleza, son un misterio inefable que ni vosotros podeis comprender, ni yo puedo explicar. Pero si tal vez se digna el Señor descubrirnos para nuestra enseñanza sus altos consejos, séanos lícito esponer el admirable modo con que Dios egecutó en

su nacimiento, según la carne, el soberano designio de darse á conocer al hombre, y para esto atendedme.

Desde los primeros dias de la creacion empeñado Dios en conducir al hombre al conocimiento de su divinidad, fin glorioso de todas sus obras, á esfuerzos de su omnipotencia se le manifestaba á cada paso con las demostraciones mas claras y sensibles. Cuando el Señor hacia nacer los mundos al arbitrio y al imperio de su voz sola; cuando estendia hermosamente los cielos como una piel; cuando comenzó á sostener con solo tres dedos la vasta mole de la tierra; cuando suspendia las aguas equilibradas en su mismo peso; cuando en la sucesion de los siglos multiplicando en cada momento los prodigios á favor de su pueblo, ya divide el mar en dos cristalinas murallas para abrirle el paso; ya el sol ó se detiene en su carrera ó retrocede á los ruegos de Josué ó de Ezequías; ó ya el cielo llueve todos los dias un maná sabrosísimo, ó ya las estériles rocas brotan dulces y puras aguas, ¿no se descubria y se dejaba ver por todas partes la gloria y la grandeza de Dios? Mas ¡oh! Que á pesar de tantos esfuerzos, interpuesta entre aquella brillante luz, y el espíritu humano su soberbia y su limita-

cion, mientras Dios se muestra mas grande; mas le desconoce el hombre, y mas le ignora. Traia este consigo, como funesta herencia, el desordenado apetito de la divinidad, y agitado de una oculta soberbia reusaba la sujecion y dependencia de un Dios superior á su ser. Creyó acercarse á un grado de divino, colocando otros hombres de su especie en la clase de dioses. Y así no hubo ficcion en la clase de transformacion impura, ni apoteosis ridicula que no adoptase el hombre para adorar por su Dios otro hombre. Por otra parte limitado su espíritu y obrando siempre con dependencia del cuerpo, no esforzándose á levantarse sobre sus sentidos para formar la idea de una divinidad purísima; como vil esclavo de sus mismos sentidos buscaba en las criaturas mas despreciables, y se complacia en tener en ellas unos groseros dioses que pudiera percibir con la vista, con el tacto, con el oido.

En esta perversidad y desorden tan profundamente arraigados en el humano corazon, ¿quién sino un Dios infinitamente sabio hubiera hallado el medio de hacerse adorar del hombre, al mismo tiempo que ocultaba su divinidad en el mayor abatimiento; y elevarle á un grado divino, condescendiendo en alguna ma-

nera con su misma limitación? Dios nace hombre, y el hombre limitado, como mortal y terreno, es desde entonces Dios, dice elocuentemente San Agustín (1): *Factus est Deus homo, ut homo fieret Deus*. Dios nace hombre ocultándose bajo el velo de nuestra carne, y ya nuestros mismos sentidos, que eran antes el mas pesado estorbo para levantarse al conocimiento de la divinidad, nos sirven de instrumento por donde se nos manifiesta. Allí en la humilde cuna de un pesebre se me presenta en Belem un Dios que veo con los ojos, que percibo con los oídos, al oírle suspirar y gemir, y que puedo tocar reverentemente con mis propias manos. ¡Dignación infinita! ¡Sabiduría inescrutable de Dios! quién te comprende? El hombre ciego no conoce á su Dios porque aspira atrevidamente á un grado divino, y porque su espíritu atado á la carne busca un Dios que perciban sus sentidos, y Dios en su nacimiento se da á conocer, haciendo que el hombre sea Dios, y apareciendo y tomando por suyo un cuerpo material y visible. Ahora (decía el discípulo amado, depositario fiel de los secretos del Salvador) ahora que el

(1) Serm. 9. de Nativitate.

Verbo eterno se hizo carne y habitó entre nosotros, vimos ya manifestada la gloria y la grandeza del Unigénito del Padre (1): *Verbum caro factum est, et habitavit in nobis, et vidimus gloriam ejus quasi unigeniti à Patre*. Como suele el sol, al trasmontrar por el oriente, dejar ver al través de los hermosos celages que le cubren, aquella misma luz, que no sufren los ojos en todo su brillo; así el sol de justicia en el oriente de su nacimiento se manifiesta cubierto de la humana naturaleza á aquellos mismos que, ó reusaban, ó no se atrevían á levantar sus débiles ojos al golpe de su luz.

En efecto este Dios antes ignorado, al punto que nace en Belem, comienza á ser conocido, y á recibir de toda clase de personas las venturosas primicias de aquella adoración con que ha de ser engrandecido en todo el universo. Los oráculos de los mentidos dioses callan y enmudecen: los pastores sencillos é ignorantes le glorifican y le adoran; tres orientales sabios y poderosos emprenden para verle un penoso viaje, y publican altamente su divinidad; una delicada multitud de inocentes víctimas confirman con

(1) Evang. cap. 1. 14.

su sangre la grandeza del Dios que acaba de nacer, consagrándole pendientes del pesebre las verdes palmas y coronas con que cubrió sus tiernas sienes y sus manos la fiereza de los verdugos: tiemblan las testas coronadas, y su temor es una confesion, aunque forzada, irrefragable del dominio soberano de un Dios niño: dentro de pocos dias Egipto, el centro y el asilo de la idolatría, verá espantado como á la presencia de este recién nacido infante se estremecen y caen por tierra aquellos idolos colosos de la impiedad, para que sean sus ruinas perpetuo monumento de la divinidad de Jesucristo. Sí, señores, ya no será de aquí adelante alabado el Señor con el corto y escaso elogio de conocido en la Judea, y de grande en Israel; será ya su alabanza la de un Dios grande y conocido en todo el universo; será adorado este Niño desde las orillas del Océano hasta el último rio de la tierra (1): *Dominabitur á mare usque ad mare: et á flumine usque ad terminos orbis terrarum*. Hincarán humildes las rodillas ante sus cunas desde el adusto etiope hasta el indio bozal, y el industrioso chino: *Coram illo*

(1) Psalm. 71. 8.

procident aethiopes: et inimici ejus terram lingent: consagránle sus dones y sus votos la India opulenta, la Arabia feliz y la Sabea fragante: *Reges Tharsis et insulae munera offerent: reges arabum et saba dona adducent* (1). Y al fin resonará con religiosa veneracion su nombre desde las mas célebres capitales del mundo hasta los últimos rincones de la nueva México y la California: *Et adorabunt eum omnes reges terra, omnes gentes servient ei*. Magníficos y felices anuncios del nacimiento del hombre Dios que publicaba en el transporte de su gozo el real profeta, segun el sentir de nuestra madre la iglesia. Despues de todo, no son ellos sino un ligero bosquejo de aquella exterior grandeza á que la sabiduria de un Dios quiso exaltar su nombre, manifestando su divinidad cuando mas la ocultaba entre las sombras de la humana carne. ¿Mas acaso intentaba, señores, este Dios grande un culto ciego, una esteril adoracion, una manifestacion con que protestara el hombre y confesara á su Dios con el testimonio de los labios, y el de una fé muerta, sin que le reconociera su corazon? Poco hubiera sido, segun sus soberanos designios,

(1) Psalm. 71, 9, 10, 11.

manifestarse Dios al mundo cuando mas se ocultaba, sino se hubiera hecho tambien infinitamente amable, cuando se abatia. Supo su sabiduria darse á conocer Dios grande, cuando se mostraba hombre y niño; pero tambien su amor dispuso ganarse el corazon del hombre cuando aparecia mas despreciable.

Y ¿quién, señores, si la santa fé no lo enseñara, pudiera jamas, no digo creer, pero ni imaginar, que un Dios infinito se valiera del amoroso arbitrio de hacerse hombre para que la semejanza con él fuera un poderoso estímulo que le obligara á amarle? Pero aun no es esto todo: sí, escitan naturalmente las desdichas y las miserias la compasion, no sé cómo se deja arrastrar el corazon humano de un tierno amor ácia aquellos á quienes ve que se le asemejan en ser desdichados y miserables; pero si alguna vez el que por su naturaleza es feliz y venturoso se abraza voluntariamente con la infelicidad y la miseria, por parecerse y asemejarse á otro, llega á tan alto punto la ternura, que casi se convierte en una dulce necesidad de amarle. Paréceme, señores, cuando uso de este language, que estoi hablando de criaturas viles y despreciables; pero no, Dios es mi objeto, Dios en su

nacimiento quiso asemejarse al hombre, no solo en la naturaleza, sino en todas sus bajezas y miserias (exceptas la de ignorancia y de culpa); de suerte, que haciendo fuera semejante á nosotros en aquello en que mas se demuestra la vileza y flaqueza de la humanidad. Y ¿qué otra cosa muestra mas claramente la abatida condicion del hombre que su nacimiento? Pudiera, decia un juicioso filósofo, pudiera el hombre con razon quejarse de la naturaleza al contemplar que habiendo concedido á los mas de los brutos medios para conservar la vida, poderosas armas para defenderse luego que salen á la luz; el hombre esté postrado muchos meses en una lastimosa impotencia y debilidad sin el dominio pronto y espedito de sus mas necesarios miembros: yace en la cuna impedido, y como atado de pies y manos sin otra señal de vida que las lágrimas y gemidos con que hace resonar el aire: *jaet manibus, pedibusque ligatis fleus animal imperaturum ceteris*. Ved ay, señores, el lamentable misero estado en que se presenta por la primera vez al mundo el Dios de infinita magestad. A escepcion de la ignorancia, y de los defectos de culpa, Dios estuvo en Belem reducido á este abatimiento. Nada se ve en

él, nada se percibe que no ofrezca á los ojos flaqueza; miseria, debilidad; ¡Ah! que si en el resto de su vida se verá sujeto al último desprecio; pero aun entonces dará no sé que gloriosas señas de su divinidad. En el impetuoso torrente de desdichas que le inundarán al tiempo de su pasión; su paciencia invicta, su humildad, la magestuosa tranquilidad de su semblante, superior á todas las penas, darán á conocer en él á sus mismos enemigos una grandeza mas que humana. Pero en la cuna, en la rústica cueva de Belem ¿qué vemos? ¡un niño pequeñito en un pesebre, rodeado de pajas; envuelto en pobres pañales, atadas con fajas las manos! ¡no habla, llora, tiembla de frio, estremecense sus miembros, y no percibimos allí sino lágrimas, suspiros, pobreza, desnudez y miseria!

¡O qué ideas tan diferentes de Dios me escitan estos objetos de las que ocupaban mi espíritu cuando registrando los santos libros del antiguo testamento recorria los tiempos anteriores al nacimiento de Jesucristo! Allí se me presenta á el alma un Dios con tales caracteres de grandeza, de soberanía y severidad que, sobrecogido de un santo respeto, tiemblo, me estremecó, me lleno de pavor al con-

templarle. Pero al punto que Dios nace, como si el Señor mudara de estilo y de lenguaje, como si (dejadme explicarlo así) se olvidara de su grandeza ocupado únicamente de nuestro amor; todo es dulzura, benignidad, ternura, amabilidad. Allá se me representa un Dios fuerte y guerrero, á cuya vista sola se estremece la tierra, y á cuyo ligero contacto vomitan humo y fuego los montes (1): *Qui respicit terram et facit eam tremere; qui tangit montes et fumigant*; en Belem veo un Dios manso, benigno que trae por insignia la paz, y á cuya presencia se pacificara el orbe todo (2): *Apparuit benignitas Salvatoris nostri: et in terra pax hominibus*. Allá se me deja ver un Dios que sentado sobre el severo trono de su justicia, cercado de obscuras nubes envia delante de sí un fuego devorador que consume á sus enemigos (3): *Nubes et caligo in circuitu ejus, justitia et judicium correctio sedis ejus. Ignis ante ipsum procedet, et inflammabit in circuitu inimicos ejus*; acá un Dios niño que reclinado en un humilde establo, como en trono de misericordia, rodeado de apacibles celestiales luces atrae con su

(1) Psalm. 103. 32. (2) Paul. ad Tit. epist. III. 4. Lucæ II. 14. (3) Psalm. 96. 2.

dulzura á los idólatras é ignorantes. Allá un Dios que con formidables truenos espanta, conmueve, aterra á los mortales, deshaciendo como blanda cera los mas robustos montes (1): *illuxerunt fulgura ejus orbi terræ, vidit et commota est terra. Montes sicut cera fluxerunt à facie Domini*; acá un Dios que exalando dulces suspiros conquista con su afabilidad los mas duros pechos. Allá todo inspira pavor, temor, respeto; acá todo escita á amor, compasivo y ternura: *non accepistis spiritum servitutis iterum in timore; sed accepistis spiritum adoptionis filiorum* (2). Recoged, señores; cuantos titulos pueden concurrir al amor y los hallareis todos soberanamente vinculados al abatimiento y humillacion de las cunas de un Dios niño. Si os mueve la grandeza; cuándo se ostentó Dios mas grande en sus atributos, que cuando apareció el mas pequeño en un pesebre? Por que ¿qué mayor poder que abatirse un Dios infinito hasta el último término de la miseria? ¿Qué mayor sabiduría, que unir dos términos tan distantes como el ser divino y la nada de la criatura? ¿Cuándo mas gloriosa la inmensidad, que cuando se reduce á un pequenito cuerpo

(1) Psalm. 96. 4 5. (2) Ad Roman. 8. 15.

el que no cabe en la vasta esfera del universo? Y ¿qué mayor argumento de un ser inmortal, purísimo y simplicísimo, que unirse estrechamente á un cuerpo material sin padecer mudanza ó alteracion?

Si son los beneficios el lazo mas estrecho de los corazones, Belem fué el oriente del sol benéfico que habia de alumbrar al mundo. Allá nació la fuente inagotable de los divinos dones, en aquel suelo brotó el precioso renuevo que habia de producir frutos de vida eterna. Misterios adorables, milagros, muerte de Jesucristo, redencion, sacramentos, aquí comenzó á descubrirse vuestro autor. Al fin, si estais dotados de un corazon tierno, compasivo, susceptible de amorosas puras impresiones, id á Belem, y allí se os presentarán los objetos mas dulces; mirad al niño bello, delicado, hermoso sobre los hijos todos de los hombres. No descuella en los campos flor, no se levanta en los montes arbol lozano, no se esconde en las minas piedra tan preciosa, no hay en el mundo visible animal tan gallardo, tan noble, á que no le comparen las escrituras santas. Mira, vuelvo á decir, á este digno objeto de las divinas complacencias reclinado en un pesebre, que ya llora; ya, con una dulce sonrisa, vuelve los ojos

acia su pura Madre; ya la halaga á su modo con el semblante: gime unas veces atadas las manos con las fajas; otras sueltas estiende graciosamente sus tiernecitos pies y brazos por aquella estrecha cama, y busca ansioso en los virginales pechos la leche que le alimenta. Maria hermosa, Maria Madre la mas amable ¿quáles eran entonces los afectos de tu corazon? Absorta, arrebatada, luchando entre el amor mas dulce, y el dolor mas agudo, fijos los ojos en tu hermoso niño contemplas en él toda la grandeza y amabilidad de un Dios: ya le tomas en tus brazos y ya en tu puro seno procuras calentarle y defenderle del rigor del frio: le envuelves, le desatas, le aprietas, le estrechas, le abrazas, le adoras, le besas dulcemente: lloras, te ries y poco falta para que á impulsos de un amor tan ardiente no exhales el espíritu.

Corazon mio, duro mas que las rocas y los mármoles, insensible eres sin duda, quando á consideracion tan amable no te derrites por los ojos y labios en suspiros y lágrimas. A la verdad, señores, si nos ha quedado aun algun resto de fé, si las pasiones no han sofocado del todo en nosotros los sentimientos de humanidad ¿cómo podremos, sin que se nos inflame el pecho en el amor mas puro, contemplar á un

Dios niño que nos ama tan á su costa, y que, para enseñarnos á amarle, quiso desde el pesebre egercitar el magisterio mas penoso? Las lágrimas de un Dios recién nacido (esclama absorto San Bernardo), su desnudez, su abatimiento, el pesebre, las pajas son mudas; pero elocuentes lecciones que condenan la vida placentera y delicada, el fausto y el orgullo, y que al mismo tiempo nos dicen, que la humildad, el desinteres, la mortificacion obligan indispensablemente á todo cristiano. Pero oponiendo el hombre á este misterio inefable de amor un abismo de ingratitud, como si el nacimiento de Jesucristo fuera solo materia de ingeniosas estériles especulaciones, no se avergüenza la criatura de contradecir atrevidamente la conducta de su Dios. El Unigénito del Padre revestido de los gloriosos títulos de admirable, de consejero, Dios fuerte, principe de la Paz nace en una gruta, mansion de bestias, abandonado y desconocido; y el hombre polvo y ceniza encaprichado de la sangre, del empleo, del puesto aspira orgulloso á la adoracion, al rendimiento, y poco falta para que quiera ser venerado como Dios. El delicado cuerpo de Jesus, depósito de la divinidad, yace en un establo sugeto á la desnudez, á la hambre, y al

frio; y el hombre voluptuoso corre sin escrúpulo de conciencia en pos de los placeres y deleytes que halagan la carne y los sentidos. Mas ¿qué mucho? si en estos mismos días, en este augusto templo en que se renueva la memoria de la humillación, de la pobreza y las mortificaciones de un Dios que nace para nuestro maestro se atreve aquel joven mundano, aquella cortesana muger á presentarse delante del mismo Dios ostentando en su trage escandaloso, en sus vistas y risas lascivas, en sus conversaciones libres un espíritu de impiedad tan sacrilego que, levantando altar contra altar, parece que quieren derribar á Dios de esas aras, para ser ellos el idolo de la adoracion mas impura. ¡Impia; monstruosa, detestable ingratitude! Mas ¿á dónde iba yo á perturbar con mis severas reprensiones el regocijo santo de aquellas almas justas, que penetradas de los mas piadosos sentimientos de los beneficios de un Dios niño, aspiran incesantemente á formar en su vida una copia fiel de la humildad, de la pobreza y de la amorosa misericordia que nos enseñó el Salvador desde la cuna? Tales eran las heroicas ideas que ocupaban el grande espíritu del V. Pedro de S. José Betancur cuando sin poder contener den-

tro del pecho su amor ácia el nacimiento de Jesucristo quiso dejar á la posteridad un inmortal monumento de su sólida penitencia. Habia ya renunciado Pedro las mas halagueñas esperanzas con que podia lisonjearse un hombre que desde sus juveniles años habia sido gobernador y capitán general de Costa Rica; pero aspirando aquel gran corazon á mas nobles empresas meditó, arregló y puso por obra la fundacion de una compañía religiosa proponiéndole por modelo en su instituto á un Dios recién nacido á quien la consagró. Ya lo sabeis, señores, y no debo detenerme en repetiroslo: el cuidado y asistencia de los enfermos convalecientes, la educacion y enseñanza de los niños en los primeros rudimentos de leer y escribir, la frecuente meditacion de las eternas verdades, la aspereza y rigor de la penitencia forman el trabajoso vinculo de la vida activa y contemplativa en los hijos de Betancur. Son los tiernecitos niños el mas vivo retrato de la infancia del Salvador; son los enfermos la imagen mas cabal de las mortificaciones de Jesucristo; y ambos son el objeto del ministerio Bethlemítico. Ministerio glorioso; pero ¿quán rodeado de ásperas dificultades, y quán grandes virtudes no contiene su

cumplimiento? ¿Qué prudencia para tratar con niños en una edad en que sus pueriles diversiones, la inocente inquietud de su espíritu, y el amor á la libertad ni permiten un nimio rigor, ni sufren una demasiada condescendencia? ¿Qué pacífica dulzura, que constancia para enseñarlos casi á pronunciar las voces, empleado un hombre provecto gran parte del día en repetir los primeros rudimentos del A. B. C; para sujetar sus inquietas manos á que formen las letras; y lo que es mas, para infundir en sus corazones las primeras semillas de la moral cristiana? Pasar despues de la escuela á la enfermeria en donde los enfermos mas asquerosos, sucios y llagados son un objeto de horror á la carne y á la sangre; curar sus llagas, ministrarles el alimento, consolarlos, asearlos; y que el descanso de estas ocupaciones sea emplear despues las horas mas incomodas de la noche en oraciones santas, ved aqui en breve los destinos sobre humanos de la compañía de Belem.

Llenaste, religion venerable, los deseos de tu gran fundador: cumpliste sus deseos haciendo inmortal con tu santa práctica el amor y devocion del V. Be-tancur ácia el nacimiento de Jesucristo,

Humilde en tu ministerio, distante por tu profesion de los sagrados caracteres del órden eclesiástico, cuando pareces pequeña entre las demas familias religiosas, puedes con razon gloriarte de grande. Pequeña era sin duda la humilde habitacion de Belem; pero al contemplar el profeta Micheas que en ella habia de nacer el Salvador, le tributaba elogio de grande entre las mas célebres ciudades de Judea (1). Ciudades son del reino militante de la iglesia las familias religiosas: entre ellas unas como firmes fortalezas, ó plazas de armas la defienden con la pluma y los libros; fértiles otras y abundantes proveen al pueblo del sagrado alimento de la palabra divina y de los sacramentos; pero entre todas grande eres, ó humilde Belem, por tu misericordia, por tu asperanza, por tu contemplacion y por la utilísima educacion de la infancia: *Et tu Bethleem nequaquam minima es in principibus Juda.*

Dios niño, hermoso, y todo amable, recibe los respetuosos homenajes y obsequios que esta religion, por todos titulos tuya, consagra á tu memoria: recibe las

(1) Et tu Bethleem terra Juda nequaquam minima es in principibus Juda. Matthæi 2. 6. Micheæ 5. 2.

devotas demostraciones del cristiano pueblo: y allá entre las toscas sencillas expresiones con que te saludaron en Belem los pastores permite que se mezclen los rudos ecos de mi grosero elogio. La iglesia santa, la Monarquía Española, la nobilísima ciudad Mexicana postradas al rededor de tus cunas en el ademán mas humilde y reverente esperan con razon, que la pureza de la fé, la santidad de las costumbres, la felicidad de sus armas, y la abundancia de los bienes todos serán venturosos gages de tu nacimiento. Derrama pues desde el pesebre tus bendiciones sobre nosotros; y aquellos festivos anuncios con que los ángeles publicaron gloria al Señor, y paz á los hombres cumpláse felizmente gozando todos aquella paz verdadera y cristiana que es prenda de la eterna Gloria.

SERMON

DEL NIÑO JESUS

PERDIDO EN JERUSALEM.

Predicado en el convento de Jesus
de María de México.

Non inveniētes Jesum regressi sunt in Jerusalem. Luc. cap. 2. v. 49.

Si alguna vez pudo parecer que el amabilísimo Jesus, desentendiéndose del tierno amor que profesaba á su santa Madre, se habia mostrado ó nimiamente austero con ella, ó menos sensible á sus alicciones, fue sin duda en la misteriosa pérdida de este Dios niño en Jerusalem. Habia subido desde Nazaret á la ciudad Santa (como lo habeis oido en el evangelio del día) acompañado de sus amantes padres, para cumplir con la religiosa ceremonia de la festividad de la Pascua. Pero á pesar del amoroso cuidado de María y de José cuando al regresarse, concluida la solemnidad, llegaron á alojarse en un